

IV. California: Borja, nobleza obliga

Los Borja han sido un linaje exuberante, cuyos miembros han dejado amplia huella en los campos del arte, la música, la política, etc. Todo el mundo ha oído hablar de Lucrecia o César Borja, de los Papas y de sus bulas... pero muy pocas personas han ligado la familia Borja a la construcción de unas tierras tan remotas y, al mismo tiempo, tan importantes hoy en día, como las Californias. Para hacerlo, tendremos que apartarnos bastante de los lugares comunes borgianos, y centrarnos en el siglo XVIII, haciendo referencia a la duquesa María de Borja, cuyo papel fue trascendental para la colonización definitiva de las tierras californianas, unas tierras que nunca pisó pero sobre las que influyó poderosamente después de morir. Veamos como fueron acercándose progresivamente la historia de la colonización de California y la biografía de la duquesa de Gandía.

CALIFORNIA

Desde sus orígenes, la historia de California ha estado ligada a la idea de abundancia, de riqueza y de lugar paradisíaco, aunque este mito, hasta que se descubrió oro primero, en la década de los años cuarenta del pasado siglo, y después petróleo, se ajustara poco a la realidad. Su mismo nombre, California, une los dos grandes motores de la conquista española en tierras americanas, la obtención de oro y de mujeres. Respecto al primer punto, hemos de considerar la gran cantidad de Puertos Ricos, Costas Ricas o Villas Ricas que, en definitiva, no lo eran tanto, o en mitos como el de las Siete Ciudades de Oro de Cibola y Quivira, inventado por fray Marcos de Niza y “el negro Esteban”, que tantas vidas y capitales costó desmentir. O, en el segundo caso, el río de las Amazonas, poblado únicamente por esas mujeres guerreras, o el mismo gentilicio de “tarascos” (suegros) con que se conoce vulgarmente a los indios “purépechas” mexicanos, etc. etc. California, como hemos apuntado, se hace eco de esta doble herencia de escaseces seculares, de oro y de mujeres, y del afán por cambiar de vida de los españoles en el Nuevo Mundo.

California, nombre que recibiría lo que a partir de la llegada de los españoles se consideró una isla, fue bautizada así por los integrantes de las dos primeras expediciones que llegaron a sus costas, en tiempos del mismísimo Hernán Cortés, los años 1532 y 1533, capitaneadas por don Diego Hurtado de Mendoza, y Diego Becerra y Hernando Grijalba, respectivamente. El año 1535 fue el mismo conquistador de México quien encabezó una expedición desastrosa que llegó a sus costas, al puerto de Santa Cruz (actual La Paz, Baja California).

El nombre estaba lleno de resonancias prometedoras. California era la mítica tierra concebida en la ciudad castellana de Medina del Campo por el escritor Garcí Ordóñez de Montalbo en su refrío del *Amadís de Gaula* titulado *Las sergas de Esplandián*, lectura obligatoria para todo personaje medianamente ilustrado - y no olvidemos que Cortés lo era- de la época. En esa obra, el Imperio Bizantino asediado por el turco era atacado por la reina Calafia y sus Amazonas, vestidas con corazas de oro y piedras preciosas, procedentes de la “ínsula de California”, situada “a la diestra mano de las Indias, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal”. Las Amazonas californianas, decía la leyenda, se deshacían de los hombres al nacer, excepción hecha de unos cuantos destinados a la reproducción de la especie, y en sus rápidas razzias cabalgaban mitológicos grifos alados que se alimentaban de hombres y anidaban en territorios ricos en oro. El resto de la historia de *Las sergas* nos lo podemos ahorrar. La obtención de oro y placer terrenal, nuevamente, se sitúa en el origen de la curiosidad europea de una tierra americana.

Pero la realidad, como hemos dicho, tardaría en ajustarse a un nombre de tan prometedoras resonancias. Las expediciones de reconocimiento de las costas californianas se sucederían ininterrumpidamente a lo largo de siglo y medio, sin que ello derivara en la creación de ningún poblado estable o contactos trascendentes con las poblaciones indígenas. En 1539 salió de Acapulco la flota de don Francisco de Ulloa con tres navíos, el Santa Agueda, el Santo Tomás y el Trinidad, hacia las costas de California. El llamado Santo Tomás se hundió antes de llegar a la península. Un año después, el Santa Agueda volvió a Acapulco con una relación de los descubrimientos efectuados, y Ulloa continuó a bordo del Trinidad hacia el Norte. Nunca más se volvió a saber nada, ni de él ni del Trinidad.

En 1540, otra expedición marítima, mandada por Fernando de Alarcón, salió de Acapulco en las naves San Pedro, Santa Catalina y San Gabriel, con el objetivo de prestar apoyo a la expedición terrestre de Francisco Vázquez de Coronado por los territorios de Arizona, Nuevo Mexico, Oklahoma y Kansas. Como es de suponer, las inmensas distancias provocaron que las expediciones terrestre y marítima nunca se encontrasen, a pesar de que Alarcón remontó con lanchas el río Colorado buscando a Vázquez de Coronado, y que este último enviase al capitán Melchor Díaz en búsqueda de la estela de Alarcón. Díaz, que murió en su empresa, redondeó el primer viaje por tierra desde México a California. A estas expediciones pioneras siguió la de Juan Rodríguez Cabrillo, en 1542, que también murió en el intento, llegando a la altura de Monterrey.

A partir del año 1565, comenzó una nueva etapa en la historia de California. La monarquía hispánica tenía ahora renovados intereses para descubrir las costas septentrionales del Mar del Sur, el océano Pacífico, para proteger la ruta oceánica con las islas Filipinas. Ese año, Pedro de Urdaneta consiguió encontrar la ruta del tornaviaje de Oriente, lo que potenciaba en gran medida las comunicaciones con las Filipinas y China y posibilitaba la instauración del anual galeón de Manila o de la China. Saliendo de Manila, el galeón navegaba hacia Oriente hasta la altura del cabo Mendocino, ya en el continente americano, y allí viraba hacia el Sur, navegando cerca de la costa hasta llegar a Acapulco. Es decir, una vez atravesado el océano, una buena parte del viaje se hacía por aguas costeras americanas, lo que llevaba aparejado un peligro de ataques piráticos, holandeses, sobre todo desde finales del siglo XVI. Por tanto, resultaba prioritario para la monarquía fomentar la instalación de algún poblado importante en la costa oceánica, que pudiese socorrer al galeón en caso de peligro.

Durante todo el siglo XVII, por lo tanto, el monarca y el virrey de México intentaron incentivar a algún empresario para que fundase alguna población estable en California, sin éxito. Sólo algunos buscadores de perlas atraídos por la riqueza perlífera de las aguas californianas se instalaron temporalmente en sus costas, pero lejos de fomentar el poblamiento, acababan enemistándose con los indígenas, y complicando la situación de las exploraciones españolas.

Además, ya se tratase de “perleros”, ya de descubridores al servicio del Estado, lo bien cierto es que todas las expediciones acabaron fracasando: la de Sebastián Vizcaíno, que el año 1602 rebautizó con el nombre de La Paz la antigua Santa Cruz, pasó por San Diego, dobló el cabo Mendocino y llegó hasta el paralelo 43; las de Nicolás Cardona (1615), Francisco de Ortega (1632), Francisco de Vergara y Pedro de Quiroga (1632), Pedro Porter de Casanate (1649) y Francisco Lucenilla (1668). Todos estos personajes comandaron otras tantas expediciones que poca o nada aportaron, excepto algunos alzamientos cartográficos más o menos acertados.

La primera expedición que aportó datos sobre el interior de la Baja California fue la dirigida en 1678 por el almirante Isidro de Atondo y Antillón, que la preparó durante cuatro años. El jesuita Eusebio Francisco Kino fue el encargado espiritual del viaje y el cosmógrafo de la expedición. El año 1685 se dio ésta por concluida a causa de la escasez de agua y de la propagación del escorbuto, y todos los expedicionarios volvieron al continente. Aunque los contactos que se establecieron con algunos indígenas, más o menos cristianizados, facilitarían posteriores incursiones, los 225.000 pesos que costó la expedición, prácticamente, no proporcionaron ningún avance substancial. Después de otra expedición fracasada, la del capitán Francisco de Itamarra, el año 1694, quedó meridianamente claro que se tenía que ensayar un nuevo método de colonización, y que la Compañía de Jesús era la institución idónea para intentarlo. Los jesuitas, como los reyes de España, también deseaban establecer una línea de comunicación con el Oriente, lo que, según unos planes cada día menos confusos, se conseguiría formando una cadena de misiones que uniesen América y Asia. Hay que recordar que la Compañía se interesó primero por Asia que por América, y al respecto cabe apuntar la evangelización de Francisco Javier en la India en 1547, o que jesuitas precursores auxiliaron a los 26 franciscanos mártires del Japón.

EL FONDO PIADOSO DE LAS CALIFORNIAS

Esta idea se plasmaría en el plan que durante diez años maduraron los jesuitas Juan María Salvatierra, Eusebio Francisco Kino y Juan de Ugarte: recoger un

capital a base de limosnas con el que pudiesen mantenerse las misiones -con lo cual se aseguraban el permiso real, puesto que el monarca no estaba dispuesto a gastar más dinero de la real hacienda en costosas expediciones-, y obtener la licencia real para que los jesuitas pudiesen llevar soldados del rey bajo sus órdenes y pagados con sus dineros, y nombrar capitanes y gobernadores. Existía un precedente. El año 1671, un acaudalado personaje, Alonso Fernández de la Torre, legó una hacienda de su propiedad, evaluada en 200.000 pesos, a la Compañía de Jesús para que fundara dos misiones, una en California y otra en algún lugar de la Nueva Galicia.

Veinticinco años después, en 1696, Kino obtenía permiso de sus superiores para entrar nuevamente en California con la condición de que no esperara ninguna ayuda económica, ni de la Compañía, ni del virrey. Y así lo hizo. Obtuvo siete mil pesos de limosna, alguna pequeña embarcación de transporte -imprescindible para poder comunicarse con el continente novohispano- y promesas de futura ayuda de los condes de Miravalle, el marqués de Buenavista, el presbítero Juan Caballero, de Querétaro, Pedro Gil de la Sierpe, tesorero de Acapulco, y otros benefactores de la Compañía. Estos fueron los inicios de lo que acabaría llamándose Fondo Piadoso de las Californias¹. Kino no pudo ir en la expedición definitiva, formada por “tres indios, un cabo y cinco soldados de diferentes naciones”, por tener que encargarse de las misiones de Sonora y Pimería, y en su lugar fue Francisco María Piccolo. Llegados a California fundaron el puerto de Loreto, lugar básico para recibir toda clase de víveres y aprovisionamientos, que les llegaban por mar desde Sinaloa. A partir de Loreto, comenzaron a fundar misiones: San Javier Viggé-Biaundó (1699), Ligui y Mulegé (1705), San José Comondú (1706), Pilar de la Paz y Guadalupe Guasinapi (1720)...

A partir de las primeras fundaciones de Salvatierra en la Baja California, los jesuitas fueron recaudando limosnas cada vez más cuantiosas destinadas al Fondo Piadoso, administrado por un procurador denominado “de California”. El Fondo se consolidó cuando Gertrudis de la Peña y su primo José de la Puente y Peña,

(1) Velázquez, María del Carmen. *El Fondo Piadoso de las misiones de Californias*, México.1985

marqués de Villa Puente, donaron la hacienda de San Pedro de Ibarra, en el término y jurisdicción de San Miguel el Grande, para las misiones de California, el año 1735. Villa Puente fue un hombre extraordinariamente rico y extravagante que a lo largo de su vida dio enormes cantidades de dinero a los jesuitas y a otras órdenes religiosas, tanto en la Nueva España como en España, Asia y Africa. San Pedro de Ibarra fue el centro de las operaciones comerciales del Fondo Piadoso, una especie de casa matriz de la institución que cada vez se parecía más en su organización y funcionamiento a un moderno banco comercial. Desde su privilegiada situación geográfica, los jesuitas controlaban todas las operaciones económicas del Norte del virreinato.

Mientras tanto, las propiedades del Fondo, adquiridas con las limosnas de sus benefactores o por legados testamentarios de los mismos, no hacían sino incrementarse. En 1767, los jesuitas poseían las haciendas de San Pedro de Ibarra, Arroyozarco, San Agustín de los Amoles, San Ignacio del Buey, y San Francisco Javier de la Baya, en la Huasteca, y los agostaderos del Nuevo Reino de León. Los principales productos de este imperio eran los numerosos ganados de ovejas y cabras y los cultivos básicos de maíz, frijoles e, incluso, azúcar, pues en San Ignacio del Buey funcionaba un trapiche. Estos productos se vendían en parte a compradores de la región donde estaban las haciendas, pero los principales compradores radicaban en la ciudad de México, ciudad de la que los jesuitas llegaron a tener el monopolio del abasto de la carne. El Fondo Piadoso, además, actuaba también como prestamista de capitales, adelantaba dinero para algunos negocios de particulares, y recibía capitales de particulares para prestar a otros particulares que lo solicitasen. En este punto confluyen la historia de California y la biografía de la duquesa de Gandía.

MARIA DE BORJA Y AMERICA

María de Borja tenía motivos muy sólidos para interesarse por América. Ninguna familia valenciana, incluso osaríamos decir que ninguna familia española, ha tenido tanta relación con el continente americano como el linaje de los

Borja. Para sus miembros, pertenecientes a la más alta nobleza española durante la edad moderna, América ha sido siempre una realidad muy próxima. Esa proyección indiana del linaje comenzó cuando el mismo año de la gesta colombina fue coronado papa Rodrigo de Borja con el nombre de Alejandro VI, y continuó cuando, el 2 de julio de 1565 la Congregación General de la Compañía eligió como tercer general de la orden a Francisco de Borja. En aquel instante se renovó la proyección americana familiar. Durante su generalato, que duró siete años, y por especial designio del valenciano, la Compañía se expandió por las Indias Orientales y Occidentales. Florida, Nueva España, Perú, Brasil... toda América comenzó a ser conquistada espiritualmente por los jesuitas. Y para probar el impulso dado por Francisco de Borja a la actividad misionera, nos quedan docenas de pueblos y ciudades por todo el continente que llevan su nombre, San Francisco de Borja o San Borja. En Bolivia, en Brasil, en México...

Durante el siglo XVII, cuatro miembros de la familia Borja se desplazaron a tierras americanas. Uno de ellos, Francisco de Borja y Aragón, fue virrey del Perú de 1614 a 1622. Durante su virreinato racionalizó la administración y las finanzas de la colonia, fortificó el país para defenderlo de los ataques de los holandeses e ingleses, creó el Tribunal del Consulado en Lima, y dividió la Gobernación del Río de la Plata en las de Buenos Aires y Paraguay. El año 1622, al morir Felipe III, se estableció en Madrid, donde se dedicó preferentemente a la literatura, escribiendo algunas obras religiosas, tratados heroicos y una comedia. Otro Francisco de Borja, jesuita, fue nombrado por Felipe IV predicador real y, en 1636, arzobispo de La Plata, con sede en Sucre. Otro gandiense, Juan de Borja, funcionario real, fue nombrado gobernador y capitán general del Nuevo Reino de Granada el año 1605. Luchó contra los indios pijaos, que amenazaban las zonas de Mariquita, Ibagué y Neiva, dejando expedita la comunicación por el río Magdalena, arteria de su gobernación. Se casó en Valencia con Violante Miquel de Heredia, y sus descendientes ocuparon también diversos cargos al servicio de la corona, como Juan Pedro de Borja, nacido en Valencia y gobernador de Popayán desde 1638 a 1644, o Francisco de Borja, nacido en Bogotá y obispo de Tucumán y Trujillo. Y, por último, Ana de Borja, hija del duque de Gandía y esposa del conde de Lemos, virrey del Perú. Llegó a Lima acompañando a su marido el año 1667, y cuando al

Portada de *El Orinoco ilustrado*,
obra de José Gumilla (1686-1750).

74

cabo de poco tiempo el virrey se trasladó a Puno para sofocar una sublevación indígena, Ana de Borja se encargó de gobernar el virreinato hasta el año 1669.

Esta estrecha relación de los Borja con las tierras americanas continuó también durante el siglo XVIII, afirmándose más y más, si cabe. La duquesa de Gandía, María de Borja, fue muy aficionada a las cosas americanas, tanto, que no desaprovechaba la ocasión de enriquecer sus conocimientos sobre las tierras que se iban descubriendo. Por otro lado, lo último que podían pensar muchos vasallos valencianos de la duquesa Mariana cuando pagaban religiosamente los derechos dominicales a su señora era que con sus sudores estaban costeano la erección de misiones en la lejana California. Mariana continuó de ese modo la ya larga tradición americanista de su familia.

Dos grandes obras se deben a su aliento: un libro enciclopédico, *El Orinoco ilustrado y defendido, historia natural, civil y geographica de este gran rio, y de sus caudalosas vertientes, gobierno, usos y costumbres de los indios*, y una misión que enlazaba las misiones que en la Alta California había fundado fray Junípero Serra con el resto del virreinato de la Nueva España, San Francisco de Borja. *El Orinoco ilustrado* es una de las obras fundamentales de la bibliografía americanista de todos los tiempos. Fue escrita por el jesuita de Cárcer José Gumilla el invierno de 1740-41 a instancias de la duquesa, como él mismo confiesa en una carta datada el 14 de mayo de 1741 en Madrid y dirigida a su correligionario Miguel Sanchis, de Ontinyent pero residente en Gandía, muy posiblemente como confesor de la duquesa: “todo este invierno me ha llevado respondiendo por escrito a las preguntas que su Ex^a. (Mariana de Borja) me hizo, y a todas quantas se me pueden hacer, de las quales ha resultado un libro cuyo titulo es *El Orinoco ilustrado. Historia Natural, Civil y Geographica*, con la variedad de usos,



y costumbres raras de aquellas gentes, sale nuevamente a la luz por N.N. dedicase al Grande Apl. Sn. Franco. Xavier despues de aver resistido a tres graves impulsos de dedicarlo a la Sra. Duquesa de Gandia”.

CALIFORNIA HEREDA A LA DUQUESA DE GANDIA

Clavijero, el jesuita que escribió la obra más completa sobre la historia de California, afirma que María de Borja, “por un criado suyo que había sido soldado de la California, supo la esterilidad de aquel suelo, la miseria de los indios y los trabajos y tareas apostólicas de los misioneros. Y pareciéndole que no podía hacer cosa más agradable a Dios que emplear su riqueza en el fomento de aquellas misiones, dispuso en su testamento que sacando de sus bienes libres las gruesas pensiones que de por vida dejaba a sus domésticos, todo el resto se aplicase a los misioneros de la California, juntamente con los capitales de las pensiones después de la muerte de los legatarios, y que se fundase en la península una misión en honor de su esclarecido antepasado san Francisco de Borja”². Así lo hizo, y en su testamento, otorgado en Madrid ante el escribano José Gabriel Gascó el 24 de noviembre de 1747, la duquesa estipulaba que se fundara una misión en California con el nombre de San Francisco de Borja, para lo cual estableció una administración con los siguientes bienes:

1. Todos los censos que le pertenecían a excepción del censo de 50.000 ducados sobre el estado de Gandía.
2. Todos los sitios, posesiones y censos “en que se mudaron las 20.000 libras que la Colegial de San Phelipe pagaba reditos a dicha Excelentísima Señora, y con cuyo capital, despues de la redempcion”, se compraron los siguientes bienes:
 - a.- Los derechos dominicales del lugar de Senija, y de medio lugar de Tormos, sitios en la Marina, gobernación de Denia, y un huerto de 15 hanegadas de secano y 15 de huerta en Moncada, que costaron 16.810 libras.

(2) Clavijero, Francisco Javier. *Historia de la Antigua y Baja California*. México, 1970)

Misión de San Antonio de Padua, California. Fundada el 14 de julio de 1771.
Oleo de Henry Chapman Ford (1828-1894).

Misión de San Carlos Borromeo del Carmelo. Fundada el 3 de junio de 1770.
Oleo de Henry Chapman Ford (1828-1894).



- b.- Casa y huerto de 56 hanegadas en Alzira, pertenecientes al presbítero Francisco Barranta, por 2.200 libras.
- c.- Casa y huerta de 15 hanegadas en Carcaixent, que pertenecían al presbítero José Nadal, por 400 libras.
- d.- Cargamento a censo sobre el Colegio de la Compañía de Jesús de San Pablo de Valencia, cuyo capital era de 500 libras.
- e.- Un censo que correspondía Pedro Ribes a Agustín Pasqual, ambos de Alzira, cuyo capital era de 90 libras.

En el Archivo del Reino de Valencia³ se conserva el poder otorgado por el padre Ignacio Altamirano, procurador general de los jesuitas para asuntos de Indias, en favor de fray Silvestre Andreu, jesuita residente en Valencia, con el fin de que procediese a la venta de los bienes de la administración fundada por la duquesa de Béjar y Gandía.

En resumen, la herencia californiana de la duquesa de Gandía, cuando comenzó a estar disponible para el Fondo Piadoso, el año 1756, ascendía a 62.594 pesos y 2 reales.⁴ La cantidad, tanto en términos relativos como en términos absolutos, es inmensa. Para mejor comprender su importancia fijémonos en algunos detalles:

- Según el jesuita Francisco Javier Clavijero, erigir una misión en California costaba 10.000 pesos o, dicho de otro modo, que era lo que realmente sucedía, se necesitaba un capital de 10.000 pesos para que, con sus réditos anuales de 500 pesos se pudiese mantener el misionero que vivía en la misión y pudiese hacer frente a los gastos normales de la colonización. Es decir, con la donación de la duquesa de Gandía podían crearse y mantenerse, como mínimo, seis misiones.
- El año 1770, expulsados los jesuitas, cuando el rey ordenó que las misiones de California se dividiesen entre los franciscanos y los dominicos, el Fondo Piadoso estaba compuesto por un capital líquido de 146.600 pesos, que le

(3) A.R.V., *Real Justicia*, vol.799, fols. 290 y 296.

(4) A.G.N., Mexico, *Provincias Internas*, vol. 213, ff. 345-346.

Misión de San Francisco de Asís. Fundada el 29 de junio de 1776.
Oleo de Henry Chapman Ford (1828-1894).

Misión de San Juan de Capistrano. Fundada el 1 de noviembre de 1776.
Oleo de Henry Chapman Ford (1828-1894).

78



producían unas rentas anuales de 5.068 pesos, y unas haciendas -las ya mencionadas- cuyo producto anual era de 15.618 pesos. La entrada anual del Fondo era, por lo tanto, de 20.686 pesos. El legado de la duquesa de Gandía equivalía, pues, a las rentas obtenidas por el Fondo durante un trienio, o al 43 % del capital líquido de dicha institución.

De cualquier modo, y si dejamos de movernos en abstracciones económicas, las últimas voluntades de la duquesa estaban claras. Le importaba única y exclusivamente que se fundase en California una misión con el nombre de su antepasado. La misión, quizá el único poblado americano creado con dineros puramente valencianos, efectivamente, se fundó en 1762. Pero como ya hemos apuntado, 62.594 pesos daban para fundar, como mínimo, otras cinco nuevas misiones. Para averiguar qué pasó con el resto del capital valenciano invertido en California, hemos de retomar el hilo de los acontecimientos históricos. Si San Borja se fundó en 1762, cinco años después, en 1767, la Compañía fue autorizada para fundar misiones en la Nueva o Alta California, actual Estados Unidos, pero antes de que se fundase ninguna llegó el decreto de expulsión de la Compañía de todos los dominios españoles. Durante un tiempo aproximado de dos meses, las misiones fueron abandonadas, y era *vox populi* que “todas las misiones se hallaban arruinadas y muchas iglesias por el suelo y que los indios ya reducidos huyeron de sus pueblos con el fin de mezclarse con los barbaros remontados”.⁵ Al cabo de esos dos meses, desaparecida la Compañía y nacionalizado su Fondo, el virrey marqués de Croix y el visitador general José de Gálvez confiaron la actividad misionera al Colegio Evangélico de San Fernando de México. Los franciscanos fernandinos ocuparon la Baja California y fundaron San Diego de Alcalá, en la Alta, en 1769. Al año siguiente, los dominicos pasaron a ocuparse de la Baja, y los fernandinos de la Alta California. El Fondo Piadoso, intacto pero nacionalizado, quedó a cargo de un magnífico y experimentado administrador, Fernando José Mangino, a partir de marzo de 1781. Por lo que a nosotros importa, el mismo capital valenciano legado por la duquesa de Gandía se multiplicó involuntariamente con el cambio de orden religiosa. Mientras el sínodo de los jesuitas pasaba

(5) Ocaranza, Fernando. *Crónicas y relaciones del Occidente de México*. México, 1937.

Misión de Santa Cruz. Fundada el 28 de agosto de 1791.
Oleo de Henry Chapman Ford (1828-1894).

Misión de San Juan Bautista. Fundada el 24 de junio de 1797.
Oleo de Henry Chapman Ford (1828-1894).



de 500 pesos anuales, el de los franciscanos fernandinos se fijó en 400 pesos por misionero, y el de los dominicos en 350. Es decir, aun era suficiente para crear y mantener seis o siete misiones bajo estas nuevas condiciones

A partir de este punto tan sólo podemos movernos en el terreno de las meras hipótesis, pero quizá no sea muy aventurado pensar que aquellas misiones fundadas en tiempos inmediatamente a continuación de San Borja serían las que recibirían más capitales de procedencia valenciana, mientras que, a medida que nos alejamos en el tiempo, el dinero de la duquesa de Gandía iría mezclándose con los capitales comunes del Fondo procedentes de la explotación de las haciendas antes mencionadas y que paulatinamente volverían a ponerse en explotación después del abandono que siguió a la expulsión de los jesuitas. Es preciso señalar aquí que por esas fechas el Fondo ya no invirtió más dinero en la compra de nuevas haciendas, por lo que es de imaginar que se utilizó íntegramente en impulsar el avance definitivo de la empresa misionera, que ahora mantenía indistintamente dos frentes de expansión, hacia la Vieja y hacia la Nueva California. Si esta hipótesis fuese cierta, San Fernando-Vellicatá y San Diego, como mínimo, también se habrían fundado con dinero mayoritariamente valenciano.

Así pues, por lo que respecta a la Vieja California, o Baja, o peninsular, el calendario de fundaciones, si tomamos 1762 como punto de partida, fue el siguiente: San Fernando-Vellicatá (1769), Nuestra Señora del Rosario (1774), Santo Domingo (1775), San Vicente Ferrer (1780) y San Miguel (1787).

Por lo que respecta a las misiones de la Alta o Nueva California -que pasarían a territorio estadounidense el año 1848-, fueron trece las fundadas por los fernandinos: San Diego Abad (1769), San Carlos de Monterrey (1770), San Antonio de Padua (1771), San Gabriel de los Temblores (1771), San Luis Obispo (1772), San Francisco (1776), San Juan Capistrano (1776), Santa Clara (1777), San Buenaventura (1782), Santa Bárbara (1786), Purísima Concepción (1787), Santa Cruz (1791), y La Soledad (1791).

En la fundación de todas estas misiones, en mayor o menor medida, más o menos “diluido” entre otros capitales del Fondo, participó el legado testamentario de la duquesa de Borja.

